

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Mono con herramientas

Autor/es:
Pacual, Arturo

Citar como:
Pacual, A. (2001). Mono con herramientas. La madriguera. (36):71-71.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41945>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Mono con herramientas

La comunidad

Alex de la Iglesia

España, 2000

La vida del crítico es dura. Como la de cualquiera, dirán ustedes. Pero no: es todavía más dura. Se lo digo yo. Claro que todo hijo de vecino tiene sus problemas. El jefe se pone borde, el coche se estropea, la parienta se queja, los niños se dan a la droga. Qué les voy a contar. Al terminar el día uno está que trina por mil cosas, y es un magro consuelo amodorrarse un rato delante de la caja tonta. Un magro consuelo, pero un consuelo al fin y al cabo. Incluso se puede ir al cine. Por ejemplo, a ver una peli española. *La comunidad*. ¿por qué no? Se gasta uno 165 duros, lo pasa bien o mal o regular y luego se acuesta. Fin de las responsabilidades por unas horas. No está mal.

Pues bien: para el crítico no es tan sencillo. Su jefe está igual de borde, su coche tampoco funciona, su parienta se queja lo mismo y sus niños también se drogan. Además no le está permitido abandonarse al magro consuelo de ver la tele, como hace usted, porque todavía TIENE que ir a ver *La comunidad*. Y ahí no acaban sus responsabilidades, ni mucho menos, porque luego DEBE escribir sobre ella. El compromiso es de tal magnitud que asustaría a una persona corriente. Usted, que quizás sea una persona corriente, lo comprende. ¿Verdad que sí?

De forma que ser crítico y una persona corriente son cosas incompatibles. Un crítico no tiene derecho a ver *La comunidad* y pasarlo de coña, entretener-

se, encogerse de hombros o simplemente aburrirse sin que ocurra nada. Un crítico no puede exclamar «hostia, qué pasada», comentar «no está mal» o escupir «qué chorrada» y luego irse a su camita tan campante. El crítico lleva una vida perra, como todo el mundo, pero jamás se evadirá viendo *La comunidad*, y eso le separa irremediamente del resto de los mortales. En resumen: digo que la existencia del crítico es peor porque está obligado a ver *La comunidad*.

Y ahora, reconozco que la responsabilidad me atenaza. El miedo del portero al penalti, el pánico del crítico a escribir sobre *La comunidad*. Se trata, al parecer, de una película de cierta importancia, ya que ha recibido tres premios Goya. Un crítico (ese hombre apesadumbrado) podría caer en la tentación de juzgar el cine español del nuevo milenio, e incluso todo el cine español desde sus orígenes, llevado por la impresión que le ha causado ver *La comunidad*. Sería injusto, no sé si para el cine español o para *La comunidad*.

Sin duda, el film bebe en las fuentes inagotables de la comedia negra hispana. Es una tradición robusta, cinematográfica y literariamente hablando. Parece que conocemos personalmente a esos tipos tan estrafalarios y tan reales. Sí, son de los nuestros. Qué magnífica Carmen Maura blandiendo el cuchillo de cocina, qué soberbia Terele Pávez en pantuflas, qué dignamente zarrapastrosa María Asquerino plantada en el rellano. Y ese momento mágico en el que Emilio Gutiérrez Caba, apoderándose del vacío como un héroe de Shakespeare, recita las *palabras más tragicómicas de la obra*:

—Él dijo: Sporting Real Sociedad.

—Yo dije: ¡jequis!

Jamás podrá pagar el cine español a sus secundarios, ni siquiera con peli-

las como *La comunidad*. Y eso a pesar de que el habitual escenario cutre se ofrece en este caso con envoltorio de superproducción estadounidense, por lo menos. Los títulos, el sonido, los efectos especiales, el montaje, la planifica-



ción: todo es absolutamente perfecto o espectacular, como se prefiera. Exceptuando a Almodóvar, nunca se había conseguido revestir con tal maestría el producto típico. Creo que no caigo en la tentación antes mencionada si afirmo que, con *La comunidad*, el cine español ha aprendido por fin a manejar diestramente los utensilios, las máquinas, los trastos que se requieren para hacer cine, cine de verdad, cine con mayúsculas, cine a la altura del americano. ¡Ya era hora!

En resumidas cuentas: no vayan ustedes a ver *La comunidad* si ejercen la crítica. No vayan a menos que puedan disfrutar o despotricar sin complejos. No vayan si su deber es escribir sobre ella y estar a la altura del acontecimiento. Es preferible que no vayan, se lo aseguro. O quizás sí, qué más da. No hay que exagerar: por muy ardua que sea la tarea del crítico, una reseña también se acaba. Afortunadamente. Ya lo veis: contad si son catorce y ya está hecha.

Arturo Pascual